hágame el favor de tranquilizarse y no excite á esa chiquilla que necesita calma. No es que yo la vaya á abandonar, pero estas cosas exigen pies de plomo. Voy á ver á Folentin, á hablar con él. ¡Diablo! no hay que olvidar la dote.

—Déjasela, y que me deje tranquila en cambio.

—Hablas á lo tonto. ¡Ochocientos mil francos! Sería capaz de aceptar en seguida.

—Papá, veo que tienes de mi marido la misma opinión que yo.

—En materia de negocios es un individuo muy seguro, pero ya verá con quién trata.

—¿Quiere usted que le acompañe?—preguntó Duburle.

—No, iré solo, para poder decirle todo sin que se resienta el amor propio.

Prévinquieres miró á su hija, movió la cabeza, y rozando con sus labios su hermoso pelo murmuró:

—¡Pobre hija! Hace tres años la felicidad estuvo al alcance de tu mano. Creo que fuí el único en verla. Ahora se ha perdido.

Rosa, en voz baja, le contestó devolviéndole el beso:

—¡Si la pudiésemos recobrar!...

VII

—Querido suegro—dijo mal humorado Folentin—, permítame que me asombre del paso que da usted...

—Y yo, querido yerno, permíteme que me asombre del modo con que me recibes.

Sentados frente á frente en el despacho de Folentin, los dos hombres se miraron en silencio. Hasta ellos llegaba el ruido de las oficinas en plena actividad, y Folentin, en su casa de banca, se sentía en plena posesión de sí mismo. Allí ejercía un poderío incontrarrestable. Hizo un gesto vago y dijo:

—Usted debe comprender perfectamente que no puedo acoger con calma el anuncio de la ruptura total con mi mujer, y que ésta se marche de mi casa. Es un golpe demasiado serio para mis sentimientos, y que al mismo tiempo alcanza á mi situación...

—Le ruego que no confundamos la cuestión de negocios con la cuestión de sentimientos.

—Sin embargo, es preciso...

—Eso es indicarme que bajo ciertas y determinadas condiciones devolverás la libertad á mi hija.

—¿Por quién me toma usted? ¡Cómo! ¿Conformarme con un trato? No; mi mujer no tiene ninguna queja contra mí, y yo las tengo muy serias contra ella... Consentiré en olvidarlas, pero á condición de que desde esta noche vuelva al domicilio conyugal.

—No volverá.

—Entonces considerará justo que tome mis medidas y que haga constar su desaparición.

—¡Cómo, Folentin! ¿El comisario de policía? ¿Tan pronto?

—El ridículo no me concederá un plazo para caer sobre mí, y usted conoce el proverbio francés que dice que el ridículo mata.

—Si muriesen todos los atacados, ¡qué baja en la población! Con todo, un acto de rigor no modificará la opinión...

—Por lo menos tendré el consuelo de que se me apalee á gusto.

—Mi hija ha observado una conducta irreprochable.

—Usted lo afirma, pero Condottier no tiene reparo en decir...

—Calumnias.

—Después de todo yo no sé nada.

—Y teniendo esa idea, ¿quieres que tu mujer vuelva aquí?

—Sería darme una prueba de que Condottier miente.

—Brillante prueba. ¿Te contentarías con ella?

—En la desgracia no se puede ser egoísta.

—¿Es tu última palabra?

—Ha sido la primera, será la última.

—Eres intratable.

—Me veo maltratado.

—Folentin, tú eres quien imagina las hostilidades.

—Cuando mi mujer se ha pasado al enemigo...

—¿Quién es el enemigo?

—Todo el que no piense como yo.

—Dime con toda formalidad si quieres ser franco. ¿Qué te propones?

—Que no se me deje á un lado como á un trasto viejo, y que no se me reemplace por otro trasto mucho más brillante y mucho más lujoso. No quiero, sépalo usted, que se me arrincone. Su hija es mi mujer, y quiera ó no quiera seguirá siéndolo. En todo caso, no será ni marquesa de Condottier...

—Si es eso lo que temes...

—Eso ú otra cosa. En fin, sé lo que digo, y ella lo que quiere es el divorcio para volver á casarse, solo para casarse otra vez. Eso precisamente es lo que no quiero. No me importa que parezca que la dejo; lo que no admito es que parezca que ella me deja.

—Eso es para ti lo importante...

—Sí, lo importante; su hija no se reirá de mí con otro marido. Quiso jugar conmigo, y á ex-

pensas suyas aprenderá que no se juega con Folentin.

—¿El es el que juega con los demás?

—Sí.

—¿En qué condiciones?

—¿Qué me ofrece usted?

—Dinero.

—¿A mí?

—Me veo precisado á ello, ya que no quieres ceder gratis. Será un modo de triunfar como otro cualquiera. ¿Quieres guardar la dote y devolver la mujer?

Folentin se puso en pie soberbio y orgulloso:

—Semejante proposición... tan ofensiva... ¿Me toma usted por Roberto Macaire?

—Querido, no sé por quién debo tomarte. Todo cuanto veo y oigo desde hace veinticuatro horas trastorna mis ideas. Yo soy todavía de la antigua escuela, de aquella que tenía principios y escrúpulos. Vosotros no sabéis nada de esto. No cargáis con esos pesados equipajes que se llaman buena fe, delicadeza y generosidad. Cuando perseguís un fin no os importan los caminos para llegar á él. No quieres devolverme á mi hija y te ofrezco dinero. ¿No te parece bien? ¿Hay una solución más ventajosa? Habla, Folentin, señala tus condiciones, pon precio. Ahora que tratamos del asunto, no hay porqué aplazarlo.

—Caballero—dijo Folentin furioso.—Usted se arrepentirá de haberme tratado con tan poca

consideración. Es usted mi suegro y le debo además el respeto de la edad. Tengo las manos atadas, felicítese por ello.

—Me felicito Folentin—dijo Prévinquieres con sorna—, por más que, dicho sea entre nosotros, no me pareces un tigre. Te alegras no poco de tener las manos atadas, como tan noblemente me decías hace poco. Pues bien, sigue así, mi buen amigo, hasta el momento que te canses y prefieras cambiar de posición. Siempre me encontrarás dispuesto á reanudar esta conversación.

—¡Nunca, caballero, nunca!

—Folentin, «nunca» es una palabra vacía de sentido, lo mismo que «siempre». Mi hija y tú habíais prometido vivir siempre juntos. Ya ves lo que ha valido esa promesa. Tu «jamás» equivale á «lo mismo».

—Lo veremos.

—Vamos, por última vez, y seamos juiciosos. ¿Quieres que lleguemos á un arreglo?

—No.

—¿Quieres obligar á mi hija á que vuelva?

—Sí.

—¿Aunque tengas que recurrir al comisario de policía?

—Si es necesario...

—Folentin, ese proyecto es poco elegante.

—No me importa.

—Dejas la puerta abierta á la violencia.

—Se me obliga.

—Por última vez. ¿Te niegas á devolverme mi hija? ¿No pones ninguna condición ni ningún precio?

—No, no, no.

—Muy bien, así la tendré por nada.

Y sin añadir una palabra, Prévinquieres salió del gabinete dejando á Folentin estupefacto.

Tendido en su cama, algo pálido, pero muy tranquilo, Raynaud hablaba con Evans. El rudo americano se había convertido en enfermero y velaba por su amigo con conmovedora solicitud. Su rostro tranquilo, su modo de hablar lento y el poderío que de su persona emanaba, confortaban á Raynaud. Frente á aquel hombre sonriente se sentía tranquilo.

—No he podido evitar el duelo con el marqués de Condottier, me hará usted esa justicia—dijo Evans—, por más que no he podido comprender la utilidad de ese duelo. Ahora lo comprendo menos que nunca. ¿Qué adelantó el Marqués con herirle?

—Es evidente, Evans, que son costumbres muy distintas á las nuestras; pero Condottier me odiaba.

—En ese caso, al batirse con usted ha debido matarle. Como le decía hace un momento, herir no resuelve nada. Quería desembarazarse de un

rival. Extraña idea, pues en ningún país se consigue el amor por la fuerza. Pero, en fin, era una idea. Entonces, la lógica, eran los tiros que hiciesen falta para matarle. Por eso nosotros inventamos el revólver de seis tiros. En Francia se cambia una bala, y aunque sea sin resultado todo termina. El honor queda satisfecho con ese vano y ridículo simulacro.

—Muy ridículo, pero es imposible sustraerse á las costumbres y no sacrificarse á los perjuicios.

Guardaron silencio, y al cabo de un rato Evans preguntó:

—¿Sufre usted?

—Muy poco. Más que dolor siento embotamiento.

—¿Tiene usted sed?

—No. Creo que la calentura ha desaparecido.

—Dentro de ocho días podrá levantarse. ¿Qué piensa hacer entonces?

—Haré lo que usted me ha aconsejado. Volveré á Chiquito y me pondré á trabajar.

—¿Se irá usted solo?

—Con usted.

—Sí, conmigo ya lo sé. Pero, ¿se llevará á alguien más?

—¿A quién se refiere?

—A la baronesa de Rocher.

—Evans, tan bien como yo sabe usted que no es libre.

—Y usted, amigo mío, sabe perfectamente lo

que suponen los lazos que la retienen. Unicamente la voluntad los hace sólidos, y cuando ésta deja de existir se rompen.

—Es imposible que la persona de que usted habla se conduzca con tanta ligereza. Debe pensar en su reputación, en su familia y en su marido. Todo esto la hará reflexionar.

—Escuche, Raynaud. Usted recordará que yo tenía muy mala opinión de Rosa, y que he dicho que nada se podía esperar de una mujer que lo fundaba todo en la vanidad y en la coquetería.

—Es una criatura delicada y encantadora, Evans. Toda es bondad y abnegación.

—Es muy posible, pero sería preciso hacer la prueba. Usted sabe que el oro debe pasar por la piedra de toque. Yo sometería á Rosa á esa última prueba.

—¿Tan desconfiado es usted?

—Lo más posible. Querido, piense usted que si se une á esa mujer, yo tengo que estar en constante trato con ella, pues soy su compañero de vida y de negocios. Si usted sufriese, yo sufriría también, y deseo tomar todas las precauciones para que estemos tranquilos en lo porvenir.

—¿Qué teme usted de ella?

—Su ambición. Tenemos motivos para sospechar de su cálculo ¿Recuerda usted cómo se casó con Folentin? Se dejó alucinar por su posición y su fortuna, como una alondra por los espejuelos. ¿Empezará de nuevo?

—¿Después de cuanto me ha dicho?

—¡Ah, Raynaud, las mujeres, las mujeres! No se debe tener en cuenta nada de cuanto dicen. Unicamente lo que hacen tiene valor. Pues bien, piense que actualmente es usted mucho mejor partido de lo que en su día lo fué Folentin. Los millones de Chiquito brillan, centellean, hipnotizan. Raynaud, no hagamos tonterías.

—¿Qué intenta usted?

—Nada complicado, es clarísimo.

—¿Qué?

—No se lo diré, me haría traición.

—¡Yo!

—Sí, usted. Sería capaz de advertirla de que voy á tenderla un lazo.

—Le doy palabra de no meterme en nada y de dejarle obrar libremente á su antojo.

—Eso ya es algo.

Evans era un ser antisentimental. Después de conseguir de Raynaud lo que quería, se puso á hablar de otra cosa. Los negocios de Chiquito, el barco cisterna que tenía que encargar, y algunas máquinas para triturar maíz, ocuparon una parte del día. Sin embargo, Raynaud volvió al asunto que ocupaba su corazón, proponiendo á su amigo que protegiesen á Mauricio Prévinquieres.

—¿Para qué sirve ese botarate?—preguntó Evans.

—Temo que para muy poco, pero es hijo del

hombre á quien debo cuanto soy. Esta es ocasión de pagar mi deuda.

—Perfectamente; pero será preciso enseñarle á ser útil y hacerle cobrar amor al trabajo. Así prestará un servicio material y otro moral.

—Usted piensa en todo, Evans.

—Querido, no hay nada tan fácil como dar dinero á ese joven. Lo importante es hacerle comprender lo que cuesta ganarlo. El día que se interese por algo será un hombre salvado.

La llegada de Rosa y Prévinquieres les interrumpió. Mientras el criado ponía en orden la habitación, Evans se dirigió al salón para recibir á los visitantes.

—¡Querido! - dijo Prévinquieres—, mi hija no ha callado un momento hasta que he consentido en traerla. ¿Cómo está nuestro herido?

—Un poco mejor. Duerme.

Rosa parecía abatida. Prévinquieres, compadecida de ella, dijo:

—Mira, tengo que hacer una diligencia en Neuilly. Te dejo con el Sr. Evans, y volveré á buscarte. Probablemente Valentín despertará antes.

El rostro de la joven se serenó. Sentóse junto á la ventana que daba á los Campos Elíseos, fijándose en los carruajes que circulaban por la avenida. Desde allí se veía su hotel, del que se había salido con la intención de no volver. Pero no pensaba en eso. Volvía á ver aquel salón, á

Raynaud de pie delante de ella, confesándole que le amaba. ¡Con qué dulzura había oído sus palabras, y qué serenidad le innundaba el espíritu al saberse amada por aquel hombre leal y abnegado! La voz de Evans vino á turbar sus reflexiones. Fijó los ojos en aquel amigo fiel, y le dirigió una mirada llena de dulzura. Él sonrió, y en tono natural dijo:

—Sí, comprendo que cuando usted mira á alguien de ese modo se vuelva loco. Pero yo soy un viejo, y por añadidura un salvaje, de modo que si usted quiere podemos hablar formalmente.

—Yo quiero cuanto usted quiera—dijo Rosa.

—Pues bien, voy á decirle dos palabras con respecto á la situación de Raynaud. El pobre sufre mucho, y en el estado que se encuentra considero muy difícil tener una explicación con él; pero le pasan cosas que no puedo ni debo ocultar á usted.

—¿Porqué á mí?—preguntó la joven.

—Porque tal vez sean de tal índole que hagan modificar sus proyectos. No conozco sus intenciones, pero temo que tome usted una resolución extrema, y contra esa resolución quiero prevenirla.

—Y Raynaud ¿qué tiene que ver en todo eso?

—Le ruego que me deje hablar francamente, tal vez con brutalidad, en interés de todos, y con objeto de no herir susceptibilidades. Usted sabe

que soy un hombre rudo, que digo las cosas como las pienso...

—Bien, bien.—Le suplico que hable—dijo Rosa asustada con el preámbulo.

—He traído para Raynaud muy malas noticias de América. Usted no ignora que habíamos emprendido una formidable especulación que al principio parecía salir bien, pero hemos tropezado con concurrentes poderosísimos y sin escrúpulos. Quisimos luchar, pero fuimos vencidos. Una gran parte de mi fortuna está comprometida. Toda la de Raynaud se ha perdido.

Rosa miró á Evans tranquilamente.

—¿No es más que eso?

—¡Cómo! Se trata de millones, de la única esperanza en lo porvenir, de una empresa admirable, y todo está perdido irremisiblemente.

—Si me hubiese dicho usted ayer que era preciso escoger entre las riquezas de Raynaud y su vida, ¿cree que hubiera vacilado? ¿Qué me importa que se quede pobre, si vive? En el fondo, prefiero que sea así. Fabulosamente rico como se decía que era, hubiera parecido que especulaba. Sin fortuna, nadie podrá dudar de que lo abandono todo por un afecto.

—¿Está usted decidida á abandonarlo todo?

—Sin duda alguna.

—Y ¿qué harán ustedes?

—Puesto que es pobre, cuando yo sea libre nos iremos á Beaumont á la fábrica de mi padre, y allí viviremos todo el año. Se encargará de nuevo de la dirección de la fábrica, que nunca hubiese debido dejar, y viviremos tranquilos y dichosos.

—Sin fortuna.

—No, no sin fortuna. Mi padre es rico, y no permitirá que carezcamos de nada.

—¿Y usted no echará algo de menos?

—Sí. No haber pensado de este modo hace tres años, y haber estropeado tristemente una parte de mi vida.

—¿Ese es el fondo de su pensamiento?

—Sí, ese es el fondo de mi pensamiento.

Rosa se interrumpió un momento, miró á Evans con fijeza, y sonriendo repuso:

—Querido Evans, era inútil dar tantos rodeos para conocerlo. No tenía más que haberlo argumentado honradamente, y le hubiese contestado lo mismo.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el americano con sorpresa.

—Quiero decir que sus malicias están, como decimos en Francia, cosidas con hilo blanco, y se ven los puntos. Si hubiese querido aprovecharme de ellas, hubiera podido mantener las palabras, por lo demás muy sinceras, que he pronunciado hace un momento. Pero eso no sería digno de mí. Crea usted que estoy curada de todas las debilidades pasadas. Puede tener confianza absoluta en mí, en lo que á Raynaud se

refiere, y no someterme á nuevo interrogatorio.

Evans se puso serio:

—¿No ha creído usted cuanto le he dicho al referirle el desastre de nuestras empresas?

—No, no lo he creído.

—Sin embargo, es exacto.

—¿Se empeña usted? En ese caso lo siento por usted, pues en lo que á Valentín se refiere me es indiferente.

—Ahora piensa usted así.

—En adelante pensaré siempre lo mismo.

—He pagado demasiado cara mi ambición para que me sacrifique á ella de nuevo.

Los ojos de Evans se llenaron de lágrimas, y tendiendo la mano á Rosa dijo con emoción que alteraba su voz:

—Confieso que he dudado de usted hasta hace un momento, pero hablando como habla, la duda no es posible. Acepte mis excusas y perdóneme.

La joven se dirigió hacia Evans, y presentándole la frente le dijo:

—Si quiere complacerme, deme un beso.

No lo repitió, y abriendo la puerta de la habitación de su amigo le dijo:

—Esta vez, Raynaud, puede alegrarse. La que le traigo es suya. Pero amigo mío, debo confesar que es más lista que yo: me ha cogido en el lazo que le tendí.

Rosa y Valentín se estrecharon la mano sin preguntar nada á Evans.

La velada terminaba en casa de Prévinquieres. Mauricio leía el periódico mientras Duburle y su madre jugaban una partida de *piquet*. Rosa hablaba en voz baja con su padre. Entró un criado, presentando una tarjeta. Prévinquieres se puso los lentes y leyó:

—Allard... comisario de policía...

Recorrió el salón con una mirada, y en todos los rostros leyó la misma pregunta. Dejó la tarjeta y dijo al criado:

—Haga entrar á ese caballero en mi despacho.

—Me figuro—dijo Duburle—que viene de parte de su yerno.

—Piensa usted bien. Es el señor Folentin que se manifiesta. Ya estaba advertido.

Se levantó.

—Hay que recibir á ese funcionario sin hacerle esperar. Rosa, ¿quieres hablarle?

—¿Para qué?

—¿Estás decidida á no volver á casa de tu marido?

—Después de su modo de proceder, más que nunca.

—Folentin no sabe conducirse. Carece de tacto.

—Es un cochino—dijo la señora Prévinquieres.—Díselo de mi parte á su representante.

—Me guardaré mucho. Con un comisario de policía no se gastan bromas. Lo mismo que prestan grandes servicios, dan grandes desazones.

—No me disgustará—dijo Mauricio—asistir al diálogo de papá con el comisario.

—Acompáñame, pero no abras la boca. Es inútil que dejes correr las perlas de tu clepsidra.

El comisario de policía Allard era un hombrecito rubio, ventrudo, de rostro alegre, vestido de gris como Caraby y luciendo en el ojal la cinta de la Legión de Honor. Se inclinó sonriendo ante Prévinquieres, y aceptando la butaca que Mauricio le ofrecía dijo:

—Caballero, mi misión es un tanto molesta. Vengo encargado por el barón de Rocher, encargado, repito, de rogar á la Baronesa que vuelva á su casa para vivir con su esposo, según el artículo 214 del Código civil.

—Señor comisario—contestó Prévinquieres.—Yo estoy encargado por mi hija, la señora baronesa de Folentin, de declararle que bajo ningún pretexto, y por nada del mundo, consentirá en sufrir las exigencias de su marido.

Allard sonrió y miró amablemente á Mauricio y á Prévinquieres.

—Eso es claro, terminante y simplifica las formalidades. No se asombrarán ustedes, señores, si les hago firmar el proceso verbal en que debe constar la negativa opuesta á mi demanda... Es de derecho... Presumía el modo cómo sería acogida

mi pretensión, y he traído el documento judicial. Yo les ruego que lo firme la señora Baronesa, á fin de que conste que permanece en casa de sus padres, sin obedecer á ninguna presión.

—Mauricio, lleva ese papel para que lo firme tu hermana.

—Mi deber sería recoger la firma de la señora Baronesa en persona—dijo galantemente el comisario.—Así tendré el gusto de presentar mis respetos á una de las mujeres más hermosas de París.

—Muchísimas gracias—dijo Prévinquieres, y tomó el papel de manos de Mauricio, que entraba.

—Ya está la firma que deseaba. Ahora mi hijo y yo pondremos las nuestras...

—Y todo estará terminado. Le suplico, caballero, que presente mis excusas á la señora baronesa de Rocher, por haberla molestado con esta formalidad, y créame su seguro servidor.

El hombrecillo vestido de gris, con el proceso verbal en el bolsillo, se disponía á salir, cuando Mauricio le dijo:

—Señor comisario, si no tiene usted inconveniente bajaremos juntos. Buenas noches, papá.

—¡Mauricio!—murmuró con inquietud Prévinquieres.

—No temas—dijo el joven sonriendo—, sé con quién trato.

Inclinándose, añadió en voz baja:

—El comisario es buen muchacho.

Presentando una caja de habanos al Sr. Allard, le dijo:

—¿Un cigarro para salir?

—Con mucho gusto.

—Señor comisario—dijo Prévinquieres—, usted lo pase bien.

Mientras se dirigía al salón, Mauricio y Allard bajaron la escalera y salieron á la calle.

—¿Adónde va usted?—preguntó el joven.

—A la comisaría.

—¿Tiene usted prisa?

—No.

—Entonces iremos un rato juntos.

—Con mucho gusto. El cigarro es exquisito.

—Son cigarros que papá hace traer directamente de Cuba por medio de sus corresponsales. Estas marcas no se encuentran en Francia.

—No me hable usted—dijo el comisario exaltado.—La explotación del tabaco por el Estado, tal como se practica en Francia, es una vergüenza. Se envenena al consumidor en provecho del presupuesto ¿Debe ser así?

—Si le oyese á usted el ministro de Hacienda...

—No me oye. Además, yo hablo como consumidor. El ser comisario no quiere decir que no se sea hombre.

—Tiene usted mucha razón.

Los dos se echaron á reir. En aquel momento pasaban por la Ópera, obscura y silenciosa.

—Jueves, no hay función—dijo el comisario.

—Sí, los artistas descansan.

Entraron por la calle de Gluck, siguieron la acera, y al llegar casi á la esquina del bulevar Haussmauw, Mauricio levantó la cabeza para mirar un estresuelo, á través de cuyos cristales brillaban luces vagamente.

—Debe estar—murmuró.

—¿Quién?—preguntó el comisario.

Mauricio se detuvo, cogió familiarmente al señor Allard por la solapa de la levita, y preguntó:

—¿Cuándo va usted á entregar á mi cuñado el proceso verbal que tiene en el bolsillo?

—Mañana por la mañana.

—¿Quiere entregárselo ahora?

—¿Para qué?

—Primero para librarse de esto, luego para darme gusto.

—Y ¿cómo?

—Acompañándome al entresuelo de esta casa.

—¿Será correcto?

—Va usted conmigo, respondo de todo.

—No me comprometa.

—Soy incapaz, palabra de honor.

Por la escalera de mármol, cubierta de alfombra, llegaron al primer piso. Una doncella les abrió la puerta.

—¿Está en casa la señora?

—Sí, y el Barón acaba de llegar—dijo la doncella dedicándole una sonrisa familiar.

—Ya ve usted, cómo no me he equivocado—dijo Mauricio al comisario haciéndole entrar.

La criada abrió una puerta y anunció á Mauricio.

Entraron en un saloncito donde estaba una mujer alta, morena, muy hermosa, y Folentin. Este se levantó azorado, mientras la mujer tendía la mano á Mauricio.

—¿Es usted, Mauricio?—dijo la Ferico con marcado acento italiano.—¿Qué viento le trae?

—Querida, me trae este señor, mejor dicho, yo le traigo á él. El Sr. Allard, comisario de policía—dijo el joven presentando al funcionario á la bailarina.

—¡Comisario de policía! ¿Se ha cometido algún crimen en la casa? ¿A qué viene este señor?

—A ver á Folentin. El señor es comisario... Nos le ha enviado él á casa hace un momento, y yo le devuelvo la fineza haciéndole venir aquí.

—¿Qué significa todo esto?—preguntó con asombro la bailarina?—Mamá, ven.

—No, no—exclamó enojado Folentin, al prever explicaciones horrorosas.

—¿Porqué no?—dijo la bailarina levantando la voz.

—¿Qué sucede?—preguntó una señora vieja y bigotuda.—¿Me llamas, Giulietta?

—Sí, mamá. Aquí está un comisario de policía que viene á buscar al Barón.

—No—rugió Folentin dirigiendo furiosas miradas á su cuñado.—No se trata de mí. Venga usted y podremos hablar más libremente.

Diciendo estas palabras trataba de llevarse al comisario á otra habitación.

—Quédate, Fofol—dijo imperiosamente Giulietta.—¿Qué sucede? ¿Qué has hecho ó qué te han hecho? Tengo derecho á saberlo todo.

—Tanto como una esposa legítima—declaró con autoridad la vieja.

—Precisamente se trata de esto—dijo Mauricio.—Señor comisario, usted se ha presentado hace un momento en casa de mi padre para requerir, de parte del señor barón de Rocher, á la señora Baronesa, mi hermana, para que volviese al domicilio conyugal. No he vacilado en traerle aquí para que viese cómo pasa el tiempo mi cuñado, mientras que, como tierno esposo, reclama á su mujer. Hace una hora ha levantado usted un acta, ¿quiere usted levantar la segunda?

—Caballero, sabe usted que eso no es posible.

—Perfectamente. Me reservo el derecho de hacerle citar como testigo de moralidad por el presidente del Tribunal.

—¡El presidente del Tribunal!—exclamó la bailarina gesticulando y levantándose sobre las puntas de los pies como si fuese á volar.

—Sí, mientras dure el proceso de divorcio que va á empezar entre mi hermana y Folentin.

—¡Mauricio!—gritó el banquero furioso—me las pagarás.

El joven, ni se dignó contestar. Se volvió hacia la bailarina, y dándole un beso delante del mismo Folentin, le dijo:

—Querida Giulietta, me hará la justicia de agradecerme el haberle advertido antes que á nadie los graves acontecimientos que se preparan. Lo he hecho á fin de que pueda aprovecharse de ellos. Cuando Folentin se haya divorciado, exíjale que la haga su esposa. Se lo debe por su inexplicable fidelidad. ¡Dios sabe cuántas veces le he pedido que le engañase conmigo!

—¡Mauricio!—dijo Folentin exasperado.

—Sin embargo, no lo he conseguido; y eso que no es ni joven, ni hermoso, ni tiene talento, ni siquiera se viste bien. Lo único que le hacía tolerable era ser el marido de mi hermana.

—¡Ah, ya era algo!—declaró dignamente la madre moviendo los brazos como una primera actriz.—Usted sabe, Mauricio, lo mucho que estimamos á la Baronesa.

—¡Cómo, Fofol!—dijo la bailarina.—¿Te peleas con tu mujer? ¿La molestas enviándole al comisario de policía? Eso no está bien, y nunca lo hubiese creído de ti. Eso es propio de un hombre mal educado.

—Dejadme tranquilo. Ya es demasiado—gritó el banquero fuera de sí.—Su hermana tendrá noticias mías, Mauricio.

—Y usted nuestras.

Se inclinó ante la madre de Giulietta, acarició

los hombros de la bailarina, y dijo con jovialidad:

—Una vez más, señoras, les pido perdón por haber interrumpido su intimidad con este intermedio. Pero era útil... Buenas noches.

Se llevó al comisario de policía, que aún estaba bajo el peso de la sorpresa, y bajando la escalera llegó á la calle. Una vez allí, se puso á reir.

—¿Qué le parece á usted, Sr. Allard?

—¿Me habla usted de la querida del señor barón de Rocher? Es muy hermosa.

—Y juiciosa, sabe usted, muy juiciosa.

—El señor Barón era demasiado dichoso. Con una mujer legítima y una amiga tan encantadora, forzosamente tenía que tener muchos disgustos.

—Pues se engaña de medio á medio. Hasta ahora no los ha tenido. Del porvenir no se puede responder.

—No cuente la aventura, que entre nosotros, sea dicho, no puede ser más picante. Si los periódicos se hacen eco de ella tendría disgustos en la prefectura.

Mauricio estrechó la mano del Sr. Allard, tomando rumbo hacia su casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA